

subyugado por el miedo a ser destruido y con la esperanza de calmar la cólera y el furor del ser poderoso y cruel que quería aniquilarle, prosternado sobre la tierra enemiga, hizo estallar el primer grito angustioso de la "plegaria".

"El acto de ponerse de rodillas—dice Mosso—que encontramos en todos los pueblos, como señal de ado-

ración y de amor del que implora perdón y compasión, es debido al hecho fisiológico que las fuertes emociones nos hacen temblar de repente las piernas y nos arrojan al suelo." El miedo es, por consiguiente, madre de la plegaria, en el sentido religioso.

(De La Ragione.)

Los muertos y los idos

Un servidor galoneado ha sacado del lujoso almacén una caja redonda y la ha colocado en el pescante. Luego, una señora enlutada ha salido también y se ha dispuesto a subir a la enguantada y lustrosa berlina.—"Juan—ha dicho al lacayo,—¡mucho cuidado con la corona!"

El criado ha asentido con una reverencia, y la señora ha colocado en el estribo su bien calzado pie.

Pero en aquel momento se ha acercado a la portezuela una sombra tétrica y doliente. Una mujer escuálida, lívida, revestida de harapos negros, ha tendido su mano temblorosa. La gran señora la ha mirado un momento y ha debido ver en su rostro macilento las huellas de un dolor infinito, porque ha abierto su portamonedas, ha sacado de él unos cuantos discos de plata y los ha puesto en la mano de la mendiga, diciéndole con acento piadoso:—"Tome usted y compre también un puñado de flores a sus muertos."

Se ha cerrado la portezuela; el cochero ha fustigado el engallado tronco; ha partido el vehículo, y ha quedado sola, en mitad del arroyo, la mujer enlutada. Ha permanecido un momento inmóvil, y luego ha roto en amargo, ruidoso, desconsolado llanto.

Sus hijos no tendrán flores ni coronas; para ellos es imposible toda ofrenda, porque han muerto en el barranco del Lobo, cara al sol africano, y sus restos han sido devorados por

las aves errantes y carniceras que, en la noche siniestra, lanzan sus graznidos sobre el alcor.

Vosotros, los que cubrís de hojarasca y de vanidad los sepulcros, sabed que son muchas las madres que no saben dónde reposan los pedazos de su corazón. Los que mueren por defender vuestras riquezas y vuestros privilegios, no suelen tener epitafio. Sus madres están condenadas a errar sin consuelo sobre la tierra empapada en lágrimas, llevando en las manos un puñado de flores marchitas, que no sabrán dónde arrojar, porque la tierra, como su infortunio, es muy grande. ¿Queréis honrar á vuestros muertos? Llevadles el sacrificio de vuestro egoísmo y vuestra vanidad, el sentimiento de la justicia, el amor a vuestros semejantes vencidos y humildes. Ved las flores que no se marchitan, las ofrendas que nunca prescriben. La muerte sólo pide un tributo: la vida; para reverenciarla, es preciso saber vivir.

Llevamos nuestra frivolidad al borde mismo de lo eternamente ignorado. Atestamos los nichos de flores de trapo, de fruslerías y juguetes ridículos, sin ver que son nuestras virtudes y nuestras acciones magnánimas las que hemos de llevar allí en holocausto. Una acción generosa, un apasionamiento ideal, dicen más en favor de un progenitor que todas las inscripciones huera. ¿Qué